

# FRAGMENTOS

## - novela negra -

### Pasado perfecto

// Leonardo Padura

El Conde miró con una nostalgia que ya le resultaba demasiado conocida la Calzada del barrio, los latones de basura en erupción, los papeles de las pizzas de urgencia arrastrados por el viento, el solar donde había aprendido a jugar pelota convertido en depósito de lo inservible que generaba el taller de mecánica de la esquina. ¿Dónde se aprende ahora a jugar pelota? Encontró la mañana hermosa y tibia que había presentido y era agradable caminar con el sabor del café flotando todavía en la boca, pero vio el perro muerto, con la cabeza aplastada por el auto, que se pudría junto al contén y pensó que él siempre veía lo peor, incluso en una mañana como aquella. Lamentó el destino de aquellos animales sin suerte que le dolían como una injusticia que él mismo no procuraba remediar...

---

### Todo esto te daré

// Dolores redondo

Se quedó inerte. Por un momento comprendió que no importaba lo que sintiera o lo que quisiera hacer, que daban igual las circunstancias que le rodeaban porque una fuerza aterradora e inexplicable le proyectaba contra la realidad. La inercia le estampaba contra la realidad, sin apasionamiento ni cargo, y le llevaba en la dirección que marcaba el universo.



## La muerte y la Brújula

// Jorge Luis Borges

El duro rostro estaba como enmascarado de sangre; una puñalada profunda le había rajado el pecho. En la pared, sobre los rombos amarillos y rojos, había unas palabras en tiza.



## Buda Blues

// Mario Mendoza

Le calculé entre veintiocho y treinta y dos años de edad. Lo inquietante de la escena, Sebastián, es que el cuerpo de la mujer, los senos turgentes, las caderas redondas y las piernas fuertes y bien torneadas me llamaron la atención de inmediato y me sentí atraído, o mejor atrapado, pues la sensación era como si hasta ese instante yo hubiera podido volar con libertad, y sin pensarlo, en un giro impredecible, mis alas hubieran quedado apartadas en la tela de una araña que no me iba a dejar escapar.

---

## La escritora

// Carmen Conde

Apretó los puños con fuerza y empujó. Dejó escapar un alarido y se llevó las manos a la boca. Volvió a empujar otra vez. Pasaron los minutos. Notó que su vagina se dilataba más y más, y que algo duro se encajaba dentro de ella, amenazando con desgarrarla. La carne cedió, y un bulto resbaladizo cayó dentro de la taza con un chapoteo pastoso. Tomó aliento y se levantó a mirarlo. Era un niño pequeñísimo, grisáceo y sanguinolento, que abría y cerraba una boca enorme provista de encías blanquecinas, aunque no emitía ningún sonido. Seguía unido a ella por un cordón retorcido. Con manos temblorosas, cogió al niño del interior del inodoro y lo dejó en el suelo. Sacó unas tijeras del bolsillo del abrigo y cortó el cordón, dejándolo caer sobre el recién nacido. Ahora solo tenía que esconder el bebé en cualquiera de los armarios que aún quedaban en las habitaciones. No lo encontrarían jamás.

Entonces, una nueva contracción la obligó a buscar apoyo. El dolor regresaba de nuevo, tan intenso como antes. ■

